

LAS HERIDAS DE JESÚS

NO. 254

UN SERMÓN

PRONUNCIADO EN LA TARDE DEL DOMINGO, 30 DE ENERO DE
1859, POR EL REV. C. H. SPURGEON,
EN LA CAPILLA NEW PARK STREET, SOUTHWARK.

«Y les mostró Sus manos y Sus pies.» (Lucas 24:40)

He seleccionado esta frase como el texto, aunque no me adheriré estrictamente a ella. ¿Qué se podía ver en las manos y los pies de Cristo? Se nos enseña que las marcas de los clavos eran visibles y que en Su costado todavía estaba la herida de la lanza. ¿Acaso no le dijo a Tomás? «Acerca aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente» (Juan 20:27). Deseo llamar su atención sobre el hecho de que nuestro Señor Jesucristo, cuando resucitó de entre los muertos, tenía en Su cuerpo las marcas de Su pasión. Si hubiera querido, podría haberlas eliminado fácilmente. Resucitó de entre los muertos y podría haber borrado de Su cuerpo todo lo que pudiera ser una *indicación* de lo que había sufrido y soportado antes de descender a la tumba. ¡Pero no! En lugar de ello, allí estaban las manos y los pies perforados, y allí estaba el costado abierto. ¿Cuál fue la razón de esto? No había una necesidad absoluta; podría haberse prescindido de ello fácilmente. ¿Cuáles fueron, entonces, las razones? Intentaré abordar este tema y espero que podamos sacar algunas instrucciones provechosas de él.

Primero, ¿qué influencia tuvo la exhibición de las manos y los pies sobre los discípulos? Segundo, ¿por qué Jesucristo, ahora en el cielo, lleva consigo las cicatrices en Su carne? Y, luego, tercero, ¿hay alguna lección para nosotros en el hecho de que Jesucristo todavía lleva Sus heridas? Creo que sí.

I. Primero, entonces, ¿DE QUÉ UTILIDAD FUE LA EXHIBICIÓN DE ESAS HERIDAS PARA LOS DISCÍPULOS?

Respondo de inmediato que fueron pruebas infalibles de que Él era la misma persona. Él dijo: «Mirad mis manos y mis pies; que yo mismo soy» (Lucas 24:39). Fue para establecer Su *identidad*, que Él era el mismo Jesús a quien habían seguido, a quien al final habían desertado, a quien habían visto crucificado y muerto desde lejos, y a quien habían llevado a la tumba en la oscuridad de la tarde. Era el mismo Cristo que ahora estaba ante ellos y podían saberlo, ¡porque el sello de Sus sufrimientos estaba sobre Él! Él era la misma persona. Las manos y los pies podían testificar de ello. Saben, amados, si tal evidencia no hubiera sido visible en nuestro Salvador, es probable que Sus discípulos

hubieran sido lo suficientemente incrédulos como para dudar de la identidad de Su persona. ¿Han visto alguna vez a hombres cambiados, extremadamente cambiados en su apariencia externa? Conocí a un hombre hace quizás cinco o seis años. Pasó por un mundo de sufrimiento y dolor y cuando lo volví a ver, declaré: «No te habría reconocido si te hubiera encontrado en la calle». Ahora, cuando los discípulos se separaron de Jesús, fue en la Cena del Señor. Luego caminaron con Él hasta el huerto. Allí el Salvador sudó, «como grandes gotas de sangre» (Lucas 22:44). ¿No imaginan que tal lucha, un sudor tan sangriento como ese, debió haber tenido algún efecto en Su rostro? Seguramente ya lo había desfigurado antes. ¡Pero ahora las rejas del arado del dolor se afilaron y la angustia hizo surcos profundos en Él! Debió haber líneas de dolor en Su frente, más profundas de lo que nunca antes habían visto. Esto habría producido un cambio lo suficientemente grande como para hacerles olvidar Su semblante. Y esto no fue todo. Saben que tuvo que sufrir la flagelación en el pilar del pretorio y luego morir. ¿Pueden imaginar que un hombre pudiera pasar por el proceso de la muerte, por una agonía tan asombrosa como la que soportó el Salvador y, sin embargo, que no hubiera ningún cambio en su apariencia visible? Puedo concebir que, al pasar por un horno como este, los mismísimos rasgos del rostro de Cristo habrían parecido haberse derretido y habrían necesitado ser remarcados antes de que los discípulos pudieran discernir que Él era la misma persona.

Además de eso, cuando Jesús resucitó, resucitó, como saben, como ahora se sienta en el cielo. Su cuerpo era de carne y hueso, pero, sin embargo, tenía poderes milagrosos. Era capaz de entrar en una habitación sin los modos ordinarios de acceso. ¡Encontramos a nuestro Salvador de pie en medio de Sus discípulos, estando las puertas cerradas! Creo que Jesús tenía un cuerpo como el que tendremos en el próximo mundo. Jesucristo no era un fantasma o espectro; Su cuerpo no era un espíritu. ¡Era un cuerpo **real**! Y así, en el cielo, no imaginen que seremos espíritus. Seremos espíritus hasta el gran día de la resurrección, ¡pero luego nuestro espíritu recibirá un cuerpo **espiritual**! Será revestido. No será para siempre un espíritu desnudo y sin cuerpo. Ese cuerpo será, a todos los efectos, el mismo cuerpo que será puesto en la tumba. *Se siembra en deshonra y el mismo es resucitado en gloria; se siembra en debilidad y el mismo es resucitado en poder.* Marquen, Jesús todavía era carne. Toda carne no es la misma carne; todos los cuerpos no tienen las mismas cualidades. Así, la carne de nuestro Salvador era carne que no podía sufrir, carne que tenía poderes extraordinarios, carne, sin embargo, que podía comer, aunque no tenía necesidad de hacerlo. Y tal puede ser el cuerpo, el cuerpo glorificado, que se nos dará cuando resucitemos en la primera resurrección y seremos hechos semejantes a nuestra cabeza. Pero, ¡ahora, piensen! Si Cristo tuvo que sufrir en Su semblante esas transformaciones inigualables, que debieron estar, primero, conectadas con Su sudor de sangre, luego con Su agonía y después de eso, con la transformación, o, si puedo usar tal palabra, la transmutación de Su cuerpo en un cuerpo espiritual, ¿no pueden concebir que Su parecido habría cambiado, que los discípulos apenas lo reconocerían si no hubiera habido algunas marcas profundamente grabadas por las cuales

podieran reconocerlo? Los discípulos miraron el mismo rostro, pero incluso entonces dudaron. Había una majestad sobre Él que la mayoría de ellos no había visto. Pedro, Jacobo y Juan lo habían visto transfigurado, cuando Sus vestiduras eran más blancas de lo que cualquier lavandero podría hacerlas. Pero el resto de los discípulos solo lo había visto como un hombre de dolores. No lo habían visto como el Señor glorioso y, por lo tanto, serían propensos a dudar si Él era el mismo. Pero esas marcas de clavos; ese costado perforado, estas eran marcas que no podían disputar, ¡que la incredulidad misma no podía dudar! Y todos se convencieron y confesaron que Él era el Señor; incluso el incrédulo Tomás fue forzado a exclamar: «¡Señor mío, y Dios mío!» (Juan 20:28).

II. Volvamos a la segunda pregunta: ¿POR QUÉ DEBERÍA CRISTO LLEVAR ESTAS HERIDAS EN EL CIELO, Y DE QUÉ UTILIDAD SON?

Permítanme darles algunas ideas sobre el asunto.

Puedo concebir, primero, que las heridas de Cristo en el cielo serán un tema de asombro eterno para los ángeles. Un escritor antiguo representa a los ángeles diciendo: «Oh, Señor de gloria, ¿qué son estas heridas en tus manos?». Habían visto partir a Él del cielo, y lo habían acompañado hasta donde les era posible, cantando: *Gloria a Dios en las alturas, paz en la tierra*. Algunos de ellos lo habían observado durante Su peregrinaje, porque «fue visto de los ángeles» (1 Timoteo 3:16). Pero cuando regresó, no dudo que se agolparon a Su alrededor, se inclinaron ante Él en adoración y luego hicieron la santa pregunta: «¿Qué son estas heridas en tus manos?». En cualquier caso, pudieron contemplar por sí mismos en el cielo al hombre que sufrió y pudieron ver las heridas que fueron producidas en Su cuerpo por Sus sufrimientos. Y puedo imaginar fácilmente que esto les haría elevar sus cánticos más alto; prolongaría sus gritos de triunfo y los haría adorarlo con un arrebató de asombro ¡como nunca antes habían sentido! Y no dudo que cada vez que miran Sus manos y contemplan al hombre crucificado exaltado al lado de Su Padre, son nuevamente envueltos en asombro y de nuevo tocan sus arpas con dedos más alegres al pensar en lo que debió haber sufrido Quien así lleva las cicatrices de Sus batallas arduamente libradas.

De nuevo, Cristo lleva estas cicatrices en Su cuerpo en el cielo como Sus *ornamentos*. Las heridas de Cristo son Sus *glorias*; son Sus *joyas* y Sus *cosas preciosas*. Para el ojo del creyente, Cristo nunca es tan glorioso, nunca tan excelentemente hermoso como cuando podemos decir de Él: «Mi amado es blanco y rubicundo» (Cantares 5:10); blanco de inocencia y rubicundo con Su propia sangre. Nunca parece tan hermoso como cuando podemos verlo como la rosa y el lirio. Como el lirio, pureza inigualable y como la rosa, carmesí con Su propia sangre. Podemos hablar de Cristo en Su belleza, en muchos lugares resucitando a los muertos y calmando la tempestad, pero ¡oh, nunca hubo un Cristo tan inigualable como el que colgó en la cruz! Allí contemplo todas Sus bellezas, todos Sus atributos

desarrollados, todo Su amor desplegado, todo Su carácter expresado en letras tan legibles que incluso mi pobre corazón tartamudo puede leer esas líneas y expresarlas de nuevo, tal como las veo escritas en carmesí sobre el árbol sangriento. Amados, estas son para Jesús lo que son para nosotros. Son Sus ornamentos, Sus joyas reales y Su hermoso atuendo. A Él no le importa el esplendor y la pompa de los reyes. La corona de espinas es Su diadema, ¡una diadema como ningún monarca ha usado jamás! Es cierto que ahora no lleva el cetro de caña, ¡pero hay una gloria en él que nunca brilló en un cetro de oro! Es cierto que ahora no es abofeteado ni escupido; Su rostro no está ahora desfigurado más que el de cualquier otro hombre por el dolor y la tristeza, ¡porque Él es glorificado y está lleno de bienaventuranza! Pero Él nunca parece tan hermoso como cuando lo vemos abofeteado por los hombres por nuestra causa, soportando toda clase de dolor, llevando nuestras iniquidades y cargando con nuestras tristezas. Jesucristo encuentra tales bellezas en Sus heridas que no las renunciará, usará el traje de gala con el que cortejó nuestras almas y ¡llevará el púrpura real de Su expiación por toda la eternidad!

Ni son estos los únicos ornamentos de Cristo, son Sus *trofeos*, ¡los trofeos de Su amor! ¿Nunca han visto a un soldado con un corte en la frente o en la mejilla? Pues bien, todo soldado les dirá que la herida en la batalla no es una desfiguración, ¡es su honor! «Si», dice él, «recibí una herida cuando estaba retrocediendo, una herida en la espalda, eso sería para mi vergüenza. Si he recibido una herida en una victoria, entonces es una cosa honorable ser herido». Ahora Jesucristo tiene cicatrices de honor en Su carne ¡y gloria en Sus ojos! Tiene otros trofeos: ha dividido el botín con el fuerte, ha quitado el cautivo a su tirano amo. Ha redimido para Sí una hueste que nadie puede contar, que son todos los trofeos de Sus victorias, pero estas cicatrices, estos son los memoriales de la lucha y estos también son los trofeos.

¿No saben que de la herida del costado de Jesús la Muerte extrajo su propia muerte? Jesús colgó en la cruz y la Muerte pensó obtener la victoria. Sí, ¡pero en su victoria, se destruyó a sí misma! Hay tres cosas en Cristo que la Muerte nunca había encontrado antes, todas las cuales le son fatales. Había **inocencia** en Cristo. Ahora bien, mientras el hombre fue inocente, no podía morir. Adán vivió mientras fue inocente. Ahora Cristo estaba a punto de morir. Pero la Muerte chupó sangre inocente; chupó su propio veneno, ¡y murió! De nuevo, la **bienaventuranza** es lo que quita el aguijón de la muerte. Ahora Cristo, incluso cuando estaba muriendo, era «Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos». Todo lo que la Muerte había matado antes estaba bajo la maldición. Pero este hombre nunca estuvo por naturaleza bajo la maldición, ¡porque por nuestra causa no nació en este mundo un hombre maldito! Él era la simiente de la mujer, es cierto, pero aún no de generación carnal. Él sí cayó bajo la maldición cuando tomó sobre Sí nuestros pecados, pero no por Sus propios pecados. Él era en Sí mismo bendito. ¡La Muerte chupó sangre bendita! Nunca había hecho eso antes; todos los demás

han estado bajo la maldición, y eso mató a la Muerte. ¡Fue la inocencia combinada con la bienaventuranza lo que fue la destrucción de la Muerte! Y otra cosa más; la Muerte nunca había encontrado antes a ningún hombre que tuviera **vida en sí mismo**. Pero cuando la Muerte bebió la sangre de Cristo, ¡bebió vida, porque Su sangre es la vida del alma y es la semilla de la vida eterna! Dondequiera que va, ¿no da vida a los muertos? Y la Muerte, al descubrir que había bebido en sus propias venas vida en forma de la sangre de Jesús, ¡entregó el espíritu! La Muerte misma está muerta, ¡porque Cristo la ha destruido por el sacrificio de Sí mismo! Él la ha quitado. Él ha dicho: «¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?» (1 Corintios 15:55). Pero ahora, ya que fue de estas mismas heridas de donde la Muerte chupó su propia muerte, y que el infierno fue destruido, ya que estas fueron las únicas armas de un Redentor desarmado, ¡Él las lleva y las exhibe como Sus trofeos en el cielo! David depositó la espada de Goliat ante el Señor para siempre. Jesús deposita Sus heridas ante el Señor, porque Sus heridas fueron Sus armas, y esta es la razón por la que todavía las lleva.

Estaba pensando, mientras venía aquí, en Jesucristo en el cielo con Sus heridas y otro pensamiento me vino a la mente. Otra razón por la que Jesús lleva Sus heridas es que, cuando intercede, puede emplearlas como poderosos abogados. Cuando se levanta para orar por Su pueblo, ¡no necesita pronunciar una palabra! Levanta Sus manos ante el rostro de Su Padre. Descubre Su costado y señala Sus pies. ¡Estos son los **oradores** con los que Él suplica a Dios, estas heridas! ¡Oh, Él debe prevalecer! ¿No ven que Cristo sin Sus heridas en el cielo podría ser lo suficientemente potente, pero no habría esa gloriosa simplicidad de intercesión que ahora ven? ¡No tiene nada que hacer más que mostrar Sus manos! El Padre siempre lo oye. Su sangre clama y es oída; Sus heridas suplican y prevalecen.

Pensemos de nuevo. Jesucristo aparece en el cielo como el herido; esto, de nuevo, demuestra que no ha *depuesto* Su sacerdocio. Saben cómo Watts parafrasea la idea. Él dice:

Parece un Cordero que ha sido inmolado,

Y aún lleva Su sacerdocio.

Si las heridas hubieran sido eliminadas, podríamos haber olvidado que hubo un sacrificio. Y, quizás, después podríamos haber olvidado que hubo un sacerdote. Pero las heridas están allí, entonces hay un sacrificio y hay un sacerdote, también, ¡porque Aquel que está herido es Él mismo el sacrificio y el sacerdote! El sacerdocio de Melquisedec es un tema glorioso. Quien lo lee con los ojos de la fe y es bendecido con el Espíritu, encontrará mucha causa de gozo cuando contraste el sacerdocio de Cristo con el de Aarón. El sacerdocio de Aarón comenzó y terminó. Pero el sacerdocio de Melquisedec no tuvo principio ni fin. Él fue, se nos dice, «Sin padre, sin madre, sin genealogía; que ni tiene principio de días, ni fin de vida» (Hebreos 7:3). ¡Tal es el sacerdocio de Cristo! Nunca terminará.

¡Él mismo es sin principio y Su sacerdocio es sin fin! Cuando la última alma redimida sea traída; cuando no haya más oraciones que ofrecer, Cristo seguirá siendo sacerdote. Aunque no tiene sacrificio que inmolar ahora, porque Él es el sacrificio Mismo, «una vez para siempre» (Hebreos 7:27), sin embargo, Él sigue siendo sacerdote y cuando todo Su pueblo, como resultado de ese sacrificio, se reúna alrededor de Su glorioso trono, ¡Él seguirá siendo el sacerdote! «Porque tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec» (Hebreos 7:17). Entiendo que esta es otra razón por la que todavía lleva Sus heridas en el cielo.

Hay otra y terrible razón por la que Cristo todavía lleva Sus heridas. Es esta: Cristo viene a juzgar al mundo. Cristo tiene consigo hoy a los acusadores de Sus enemigos. Cada vez que Cristo levanta Sus manos al cielo, los hombres que lo odian o lo desprecian son acusados. ¡La nación judía es declarada culpable cada día! Se recuerda el grito: «Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos» (Mateo 27:25). Y el pecado de desechar a Cristo y rechazarlo es traído a la mente del Altísimo. Y cuando Cristo venga por segunda vez a juzgar al mundo con justicia, sentado en el Gran Trono Blanco, ¡esas manos Suyas serán el terror del universo! «Mirarán al que traspasaron» (Zacarías 12:10), ¡y se lamentarán por sus pecados! No se lamentarían con un arrepentimiento esperanzador a tiempo, ¡se lamentarán con un remordimiento doloroso por toda la eternidad! Cuando la multitud se reúna; cuando en el valle de Josafat Cristo juzgue a las naciones, ¿qué necesidad tendrá de convocar acusadores? ¡Sus propias heridas son Sus testigos! ¿Por qué necesitará convocar a alguien para condenar a los hombres de pecado? ¡Su costado lleva su obra! ¡Ustedes, asesinos, ¿no hicieron esto? Ustedes, hijos de una generación malvada, ¿no traspasaron al Salvador? ¿No lo clavaron al árbol? ¡Mirad estos agujeros en Mis manos y esta puñalada en Mi costado! ¡Estos son testigos rápidos contra ustedes para condenarlos! Hay un lado terrible, entonces, en esta cuestión. Un Cristo crucificado con Sus heridas aún abiertas será una visión terrible para un universo reunido. «Bueno», dice uno de mi congregación, «¿Qué nos importa eso a nosotros? Nosotros no hemos crucificado al Salvador». No, pero déjenme asegurarles que ¡Su sangre estará sobre ustedes! Si mueren incrédulos, ¡Su sangre será demandada de sus manos! La muerte de Cristo fue obra de las manos de la humanidad, ¡de toda y la entera humanidad! Otros lo hicieron por ustedes y aunque no dieron consentimiento verbal, ¡ustedes asienten en su corazón cada día! Mientras odien a Cristo, dan su consentimiento a Su muerte. Mientras rechacen Su sacrificio y desprecien Su amor, ¡dan evidencia en sus corazones de que habrían crucificado al Señor de gloria si hubieran estado allí! No, y ustedes mismos, en la medida de lo posible, lo crucifican de nuevo y lo exponen a vergüenza pública. Cuando se ríen de Su pueblo; cuando desprecian Su Palabra y se burlan de Sus ordenanzas; ustedes están clavando clavos en Sus manos y hundiendo la lanza en Su costado. Por lo tanto, esas manos abiertas y ese costado traspasado serán testigos contra ustedes, incluso contra ustedes, si mueren rechazándolo y entran en la eternidad como enemigos de Cristo por obras malvadas.

Creo que así he proporcionado varias razones excelentes. Pero ahora, hay una más que ofreceré para su consideración antes de llegar a la lección que deben aprender. Cristo lleva esas marcas en Sus manos para que, como creyentes, nunca olviden que Él ha muerto. Probablemente no necesitaremos nada para refrescar nuestra memoria en el cielo. Pero aún así, incluso si lo necesitáramos, lo tenemos aquí. Cuando hayamos estado en el cielo muchos miles de años, todavía tendremos la muerte de Cristo ante nosotros; lo veremos reinando, pero ¿no pueden concebir que la presencia del Cristo herido a menudo conmoverá los santos corazones de los seres celestiales a un nuevo derramamiento de sus cánticos de gratitud? Comienzan el cántico así: «Al que vive» (Apocalipsis 1:18). Jesús los mira y les muestra Sus manos y añaden: «y que estuve muerto; mas he aquí que vivo por siglos de siglos, amén. Y tengo las llaves del infierno y de la muerte» (Apocalipsis 1:18). No olvidarían que Él murió. Pero ciertamente esa parte del cántico donde dice: «Y que estuve muerto», tendrá aún más dulzura porque allí Él se sienta con las mismas marcas de Su pasión, con las marcas de los clavos de Su crucifixión. Si en el cielo estaremos constituidos de alguna manera como lo estamos en la tierra, necesitaremos alguna señal visible para mantenernos continuamente en el recuerdo. Aquí, saben, el santo más espiritual necesita el pan y el vino, dulces emblemas del cuerpo del Salvador. Allí no tendremos nada que ver con emblemas, ¡porque tendremos la visión de Él! Y, digo, si en el cielo somos algo parecido a lo que somos aquí, puedo imaginar que la presencia de Jesús puede ser altamente beneficiosa; puede ser gloriosamente preciosa para los santos, reavivando continuamente su amor y haciendo que sus corazones, que son como fuentes de amor, burbujeen de nuevo y envíen de nuevo el agua viva de gratitud y acción de gracias.

En cualquier caso, sé que este pensamiento me es muy delicioso, que veré al hombre que colgó en la cruz del Calvario y ¡que lo veré como colgó allí! Me deleita ver a mi Salvador en todas las glorias de Su Padre, pero anhelo volver y verlo tal como fue, así como es. Creo que a veces envidiaría a Pedro y al resto, por haberlo visto crucificado. Sí, diría, yo lo veo Glorificado, pero ustedes vieron la visión más maravillosa. Ver a un Dios es una visión cotidiana para los seres glorificados, pero ver a un Dios cubierto con Su propia sangre, ¡esto es algo extraordinario! Ver a Cristo glorificado, eso podemos verlo cada día, pero haberlo visto en esa ocasión especial, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, ¡esa fue una visión extraordinaria que incluso los ángeles mismos solo pudieron ver una vez! Tú y yo no podemos ver eso. Pero esas heridas todavía están allí manifiestas y visibles y nos deleitaremos con la visión extática del Señor en gloria, ¡con Sus heridas aún frescas sobre Él! ¡Que el Señor nos conceda que todos estemos allí para verlo! ¡Que nos refresquemos con esa gloriosa visión! Puedo decir que renunciaría a todas las alegrías de los sentidos para contemplar Su rostro. Todo lo que es bueno en la tierra lo entregaría sin un deseo, sin un solo pensamiento persistente, si tan solo pudiera contemplar Su rostro y recostarme en Su seno y ver las queridas manos traspasadas y el

costado ampliamente abierto. Debemos esperar Su voluntad. ¡Unos pocos soles más rodantes lo harán! La luna saldrá y menguará para nosotros unas pocas veces más y luego...

¡Veremos Su rostro y nunca, nunca pecaremos!

Mas de los ríos de Su gracia, beberemos placeres sin fin.

III. Esto me lleva ahora al tercer punto. ¿QUÉ SIGNIFICA CRISTO AL MOSTRARNOS SUS MANOS Y SUS PIES?

Significa esto: que el sufrimiento es absolutamente necesario. Cristo es la cabeza y Su pueblo son los miembros. Si el sufrimiento hubiera podido evitarse, seguramente nuestra gloriosa cabeza debería haber escapado. Pero, en la medida en que Él nos muestra Sus heridas, es para decirnos que nosotros también tendremos heridas! La inocencia debería escapar del sufrimiento. ¿No quiso decir Pilato tanto cuando dijo: «*No hallo en él ninguna falta, dejadle ir*»? Pero la inocencia no escapó del sufrimiento. ¡Incluso el capitán de nuestra salvación debe ser perfeccionado por medio del sufrimiento! Por lo tanto, nosotros que somos culpables; nosotros que estamos lejos de ser perfectos no debemos asombrarnos de que también tengamos que ser heridos. ¿Será nuestra cabeza coronada de espinas y se imaginan que los otros miembros del cuerpo serán acunados en el delicado regazo de la facilidad? ¿Debe Jesucristo nadar a través de mares de Su propia sangre para ganar la corona, ¿y hemos de ir usted y yo al cielo con los pies secos y en zapatillas de plata? No, las heridas de Cristo nos enseñan que el sufrimiento es necesario. De hecho, esa doctrina fue enseñada en el Monte Calvario. Solo ha habido tres tipos de hombres que hayan vivido: un hombre bueno, un hombre malo y el Hombre-Dios. Ahora, en la cruz del Calvario, veo tres personajes: veo al ladrón, el representante del malo; veo al ladrón arrepentido, el representante del justo; y veo al Hombre-Dios entre ellos. Los tres deben sufrir. No se imagine ni por un momento que los hombres malvados atraviesan este mundo sin sufrimiento. ¡Oh, no! El camino al infierno es muy escabroso, aunque parezca suave. Cuando los hombres se condenan a sí mismos, no encontrarán que sea una tarea muy placentera. Cortar la garganta del alma no es una operación tan agradable. Beber el veneno de la condenación no es, después de todo, una tarea envidiable. El camino del pecador puede parecer feliz, pero no lo es. Es un engaño dorado. Él sabe que hay amargura en su corazón, incluso aquí en la tierra. ¡Incluso los malvados deben sufrir! Pero, fíjense, si alguien en el mundo hubiera escapado, sería el Hombre-Dios. Pero el Hombre-Dios no escapó. Él nos muestra Sus heridas. ¿Y cree usted que permanecerá ileso? No si es Suyo, en cualquier caso. Los hombres a veces escapan en la tierra. Pero el verdadero hijo de Dios no debe y no lo haría, si pudiera, porque si lo hiciera, entonces se daría motivo para decir: «*No soy parte del cuerpo. Si fuera parte del cuerpo; mi cabeza sufrió y yo también debo sufrir, porque soy parte de Su cuerpo vivo*». Esa es la primera lección que Él nos enseña: la necesidad del sufrimiento.

Pero luego, Él nos enseña Su simpatía para con nosotros en nuestro sufrimiento. «Allí», dice, «¡mira esta mano! «No soy un Sumo Sacerdote que no puede compadecerse de vuestras debilidades» (Hebreos 4:15). Yo también he sufrido. Fui tentado en todo como ustedes lo son. ¡Mira aquí! —¡ahí están las marcas—ahí están las marcas! No son solo señales de Mi amor; no son solo dulces nomeolvides que Me unen a amarte para siempre—además de eso, ¡son la evidencia de Mi simpatía! Puedo sentir por ti. Mira lo que he sufrido. ¿Tienes una pena? ¡Ah, mira aquí, qué pena tuve cuando este corazón fue traspasado! ¿Sufres, incluso hasta la sangre, luchando contra el pecado? Yo también lo hice. ¡Tengo simpatía por ti!». Esto fue lo que sostuvo a los primeros mártires. Uno de ellos declaró que mientras sufría, fijó sus ojos en Cristo. Y cuando le estaban pellizcando la carne —arrancándosela con las gradas calientes; cuando lo sometían a agonías tan extraordinarias, que no me atrevería a mencionarlas aquí, no sea que algunos de ustedes se desmayaran incluso bajo la misma narración— dijo: «*Mi alma no es insensible, pero ama*». ¡Qué discurso tan glorioso fue ese! Ama —¡ama a Cristo! No era insensible, pero el amor le dio poder para vencer el sufrimiento —¡un poder tan potente como la insensibilidad! «Porque», dijo, «mis ojos están fijos en Aquel que sufrió por mí, y por Su gracia, puedo sufrir por Él, porque mi alma está en Su cuerpo. He enviado mi corazón a Él. Él es mi hermano y allí está mi corazón. Ara mi carne y rompe mis huesos —rómpelos con vuestros hierros— puedo soportarlo todo porque Jesús sufrió y ahora sufre en mí —Él simpatiza conmigo y esto me hace fuerte». Sí, amados, aférrense a esto en todos los momentos de su agonía. Cuando estén sudando, piensen en Su sudor sangriento. Cuando estén magullados, piensen en los látigos que desgarraron Su carne. Y cuando estén muriendo, piensen en Su muerte. Y cuando Dios esconda Su rostro de ustedes por un poco de tiempo, piensen en: «¡Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?!» (Mateo 27:46). Esta es la razón por la que Él lleva Sus heridas en Sus manos —para mostrar que Él simpatiza con ustedes.

Otra cosa: Cristo lleva estas heridas para mostrar que el sufrimiento es algo honorable. ¡Sufrir por Cristo es gloria! Los hombres dirán: «*Es glorioso hacer sufrir a otros*». Cuando Alejandro cabalga sobre los cuellos de los príncipes y pisotea naciones bajo sus pies, eso es glorioso. La religión cristiana nos enseña que es glorioso ser pisoteado, glorioso ser aplastado, glorioso sufrir. ¡Esto es difícil de aprender! Allí lo vemos en nuestro Maestro glorificado. Él hace de Sus heridas Su gloria y Sus sufrimientos son parte del atavío de Su vestidura real en el Paraíso. Ahora bien, es algo honorable sufrir. ¡Oh, cristiano, cuando te veas *sobrecogido por extraños problemas*, no temas! ¡Dios está cerca de ti! Fue un honor para Cristo sufrir y también lo es para ti. El único grado que Dios da a Su pueblo es el grado de «*Maestros en la tribulación*». Si quieres ser uno de los nobles de Dios, ¡debes ser investido caballero! Los hombres son investidos caballeros con un golpe de espada. El Señor nos inviste caballeros con la espada de la aflicción. Y cuando luchamos duro en muchas batallas, Él nos hace barones del reino de los cielos —Él nos hace duques y lores en el reino del honor doloroso— no a

través del honor del hombre, sino a través del deshonor del hombre—no a través de la alegría, sino a través del sufrimiento, el dolor, la agonía y la muerte. El honor más elevado que Dios puede conferir a Sus hijos es la corona roja como la sangre del martirio. Cuando leo, como he estado leyendo últimamente, la historia de las catacumbas de Roma y esas inscripciones breves, pero muy concisas, que están escritas sobre las tumbas de los mártires, a veces sentía como si pudiera envidiarlos. No envidio sus tormentos, sus hierros candentes, el ser arrastrados a los talones de los caballos. Pero sí los envidio cuando los veo ataviados con la túnica roja como la sangre del martirio. ¿Quiénes son los que están más cerca del trono eterno, los primeros de los santos en la luz? ¡Pues el noble ejército de mártires! Y así como Dios nos dará gracia para sufrir por Cristo, para sufrir con Cristo y para sufrir como Cristo, ¡así de mucho nos honra! Las joyas de un cristiano son sus aflicciones. Las insignias reales de los reyes que Dios ha hecho son sus problemas, sus tristezas y sus penas. ¡No evitemos, por lo tanto, ser honrados! ¡No nos apartemos de ser exaltados! ¡Las penas nos exaltan y los problemas nos elevan!

Por último, hay un pensamiento dulce conectado con las heridas de Cristo que ha encantado mi alma y ha hecho que mi corazón rebose de deleite. Es este: a veces he pensado que si soy parte del cuerpo de Cristo, soy una parte pobre y herida. Si pertenezco a ese todo glorioso, la iglesia, que es Su plenitud, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo, aun así me he dicho a mí mismo: «*Soy una parte pobre y lisiada; herida, llena de llagas putrefactas*». Pero Cristo no dejó ni siquiera Sus heridas atrás —incluso esas las llevó al cielo. «No será quebrado hueso suyo» (Juan 19:36), y la carne, cuando está herida, no será desechada —no será abandonada. Él la llevará consigo al cielo y Él glorificará incluso el miembro herido. ¿No es esto dulce; no es esto precioso para el hijo de Dios atribulado? Este, de hecho, es un pensamiento del que uno puede extraer miel —pobre, débil y herido como estoy— ¡Él no me desechará! Sus heridas son heridas sanadas —fíjense— ¡no son llagas purulentas! Y así, aunque somos las partes heridas de Cristo, ¡seremos sanados! Aunque al mirar hacia atrás a lo que fuimos en la tierra nos parezcamos solo a heridas, solo a partes de un cuerpo herido, ¡aun así nos alegraremos de que Él haya sanado esas heridas y de que no nos haya desechado! ¡Preciosa, preciosa verdad de Dios! Él presentará el cuerpo entero ante el rostro de Su Padre y, aunque herido, ¡Él no desechará Sus propias heridas! Tomemos consuelo, entonces, en esto. Regocijémonos en ello. Seremos presentados al fin, sin mancha ni arruga, ni cosa semejante. Fíjense, las heridas de Cristo no son manchas para Él, ni arrugas —¡son adornos! E incluso aquellas partes de Su iglesia en la tierra que desesperan de sí mismas; pensando que son como heridas; no serán manchas, ni arrugas en la iglesia completa de arriba, sino que incluso ellas serán los adornos y la gloria de Cristo. Miremos ahora con fe y veamos a Jesús, el Jesús herido, sentado en Su trono. ¿No nos ayudará esto a ceñir nuestros lomos para «correr con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe, el cual, por el gozo puesto delante

de Él, sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios»? (Hebreos 12:1-2).

No puedo despedirlos sin esta última observación. Pobre pecador, estás turbado a causa del pecado. Hay un pensamiento dulce para ti. Los hombres tienen miedo de ir a Cristo, o dicen: «*Mis pecados son tantos que no puedo ir a Él. Él estará enojado conmigo*». ¿Ves Sus manos extendidas hacia ti esta noche? Él está en el cielo y todavía dice: «Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar» (Mateo 11:28). ¿Tienes miedo de venir? Entonces, mira Sus manos —mira Sus manos— ¿no te inducirá eso? «Oh», pero dices, «*No puedo pensar que Cristo pueda tener en Su corazón el recordar a un gusano como yo*». ¡Mira Su costado, hay fácil acceso a Su corazón! Su costado está abierto e incluso tus pobres oraciones pueden ser introducidas por ese costado y llegarán a Su corazón, ¡por muy santo que sea! ¡Solo mira Sus heridas y ciertamente encontrarás paz a través de la sangre de Jesús! Hubo dos monjes hace unos años en diferentes celdas de su convento. Estaban leyendo la Biblia. Uno de ellos encontró a Cristo mientras leía las Escrituras, y creyó con una verdadera fe evangélica. El otro era tímido y apenas podía creer que fuera cierto. El plan de salvación le parecía tan grande que apenas podía asimilarlo. Pero, al final, estuvo a punto de morir, y envió a buscar al otro para que viniera a sentarse a su lado y cerrara la puerta, porque si el superior se hubiera enterado de lo que iban a hablar, podría haberlos condenado a ambos. Cuando el monje se sentó, el enfermo comenzó a contar cómo sus pecados le pesaban. El otro le recordó a Jesús. «*Si quieres ser salvo, hermano, debes mirar a Jesús que colgó en la cruz. Sus heridas salvarán*». El pobre hombre escuchó y creyó. Casi inmediatamente después entró el superior, con los hermanos y los sacerdotes. Y comenzaron a ungirle con la extremaunción. Este pobre hombre trató de apartarlos. No podía soportar la ceremonia, y tan bien como pudo, expresó su disconformidad. Al fin se le abrieron los labios y dijo en latín: «*Tu vulnera Jesu!*» —¡Tus heridas, oh Jesús! ¡Tus heridas, oh Jesús! —juntó las manos, las levantó al cielo, se reclinó y murió. ¡Oh, ojalá muchos protestantes murieran con estas palabras en los labios! Había en ellas la plenitud del evangelio —¡Tus heridas, oh Jesús! ¡Tus heridas! Estos son mi refugio en mi tribulación. ¡Oh pecador, que puedas ser ayudado a creer en Sus heridas! ¡No pueden fallar! ¡Las heridas de Cristo deben sanar a aquellos que ponen su confianza en Él!

Adaptado de la Colección C. H. Spurgeon, Versión 1.0, Ages Software.

OREN PARA QUE EL ESPÍRITU SANTO USE ESTE SERMÓN

PARA LLEVAR A MUCHOS AL CONOCIMIENTO SALVADOR DE JESUCRISTO.

Por la gracia de Dios, para acceder a los 63 volúmenes de sermones de C. H. Spurgeon en inglés moderno y 574 traducciones al español, visite: www.spurgeongems.org